

V

Tendencias afectivas.

1. Sensibilidad representativa y afectiva.—2. Tendencias afectivas (apetitos).—3. Las tendencias afectivas y las inclinaciones naturales de los seres.—4. Sinónimos é imprecisión del lenguaje afectivo.—5. Clasificación de las pasiones.—Relaciones de la sensibilidad afectiva con la representación.—Base orgánica de las pasiones.

1.—Las formas de la sensibilidad afectiva siguen un orden paralelo á las de la representativa: á las simples sensaciones periféricas corresponden afecciones locales, unas y otras sentidas por la conciencia en puntos determinados del organismo; y á las representaciones interiores del sentido común é imaginación, las tendencias centrales del apetito sensible. El dolor que siento á causa de una quemadura, es resultado de la reacción y protesta de las tendencias naturales á la conservación del organismo y al buen ejercicio de las funciones, y la conciencia del dolor provoca otra reacción consciente y general para apartar la causa del mal; la primera es local y repercute después en los centros; la segunda comienza en los centros para irradiar al organismo general. Este último aspecto de la sensibilidad está determinado por la representación del anterior; conocidos

los objetos como buenos ó malos, como agradables ó dañosos, provocan sus imágenes tendencias de unión hacia el objeto ó de alejamiento, en armonía con los fines de naturaleza, y estas energías conscientes orientadas hacia las cosas son las que llamaremos *apetitos sensibles*. De donde se sigue que el placer y el dolor son á la vez principio determinante y fin de las tendencias apetitivas, principio en cuanto representación y término en cuanto realidad.

2.—Apetito sensible es, pues, la tendencia psicológica hacia el bien previamente conocido por los sentidos ó representado en la imaginación; y como para la naturaleza sensible el bien y el mal se traducen subjetivamente por el placer y el dolor concomitantes de la sensación, de ahí que los apetitos son tendencias á experimentar el placer y á huir del dolor. Los apetitos radican originariamente en la constitución específica de la naturaleza animal, orientando las energías psicofisiológicas hacia un fin común, el desenvolvimiento y conservación del individuo y de la especie, é inclinandolas á buscar lo útil y á apartar lo dañoso. Acosado el animal por el hambre ó la sed, cualquier objeto cuya representación esté ligada por instinto ó por experiencias anteriores al placer de la satisfacción de estas necesidades, despierta espontáneamente los apetitos hacia él. La simple sensación de olfato causada por la presencia cercana del lobo, provoca en el instinto de la oveja una excitación de las tendencias afecti-

vas, que se traduce en actitudes de terror, en convulsiones y movimientos para huir del peligro que amenaza.

Los apetitos, según esto, no nacen espontáneamente, sino que están determinados siempre por sensaciones orgánicas ú objetivas, las cuales, en cuanto acompañadas de las cualidades de placer ó dolor, despiertan y estimulan las actividades afectivas, y en cuanto representaciones dan á éstas orientación definida haciéndolas concurrir á un fin concreto.

3.—Por aquí se ve la gran distancia que hay de las tendencias generales de la naturaleza á éstas otras de las afecciones sensibles; las primeras son físicas, dadas ya en la misma naturaleza según leyes fijas é invariables, lo mismo en los seres orgánicos que en los vivientes; los cuerpos inorgánicos ejercen sus actividades según leyes inmanentes que fijan las direcciones, y cada elemento anatómico de los seres organizados, cada órgano y cada aparato tienden á realizar sus funciones en una orientación inconsciente y prefijada por la misma naturaleza; por el contrario, los apetitos son tendencias no particulares sino generales hacia un fin previamente determinado por la representación, y su orientación concreta no está dada en la naturaleza, sino en el conocimiento que los despierta y encamina hacia los objetos. Las primeras son tendencias simplemente naturales, las segundas son, además, psíquicas. Inclinações naturales son las acciones físicas y las afinidades

químicas; por inclinación natural extienden sus raíces las plantas por el interior de la tierra y sus hojas al exterior para buscar los alimentos; por inclinación natural forman los vegetales y animales su organismo, y cada órgano realiza sus funciones armónicamente y en provecho del sér; en toda esta complejidad de acciones y movimientos, no interviene más principio que la naturaleza inconsciente con sus leyes y planes concretos. En cambio, las tendencias psicológicas, si bien originariamente radican en la naturaleza, pero no así en cuanto á las formas particulares; las relaciones de la vida sensible del animal están determinadas por la representación consciente del mundo, y de aquí el carácter espontáneo de sus movimientos y cierta apariencia de libertad que no existen en las tendencias anteriores. Una misma representación provoca en el animal tendencias y movimientos variables, que dependen del proceso de asociación psicológica de representaciones y estados afectivos; imposible establecer aquí leyes concretas, ni prever con certeza en la mayoría de los casos las tendencias y movimientos provocados por una sensación cualquiera; en cambio las acciones y movimientos naturales se verifican en condiciones invariables y son susceptibles de previsión matemática.

4.—Dispone el lenguaje, para expresar los estados afectivos y tendencias sensibles del alma, de gran riqueza de palabras sinónimas, ó de significación análoga: emociones, afectos, inclinaciones, tendencias, apeti-

tos, concupiscencias, pasiones, y entre los modernos psicólogos suelen emplearse con igual significado las de impresiones, sensaciones y sentimientos; las cuales suelen adolecer en los escritos psicológicos de la falta de precisión con que se usan en el lenguaje vulgar, y esta falta de exactitud en las palabras se traduce con frecuencia en confusión de las ideas (1). Nosotros hemos preferido, siguiendo á Aristóteles, reunir todo este orden de fenómenos especiales, que expresan las inclinaciones generales de la naturaleza sensible hacia las cosas, bajo la denominación común de *apetitos sensibles*, por oposición á las representaciones, en que los objetos penetran y se hacen presentes al sujeto. En lenguaje moderno podrían expresarse adecuadamente

(1) Nos parece acertada la significación precisa que D. Mercier da á esta variedad de palabras. «La *pasión* tiene por sinónimo la *afección* ó *afecto*. La afección que en el apetito sensitivo produce un bien sensible, hace salir de su indiferencia á la potencia apetitiva, y la pone en movimiento hacia el bien que los sentidos le presentan; este movimiento ó *moción* recibe el nombre de *emoción* (de *e* y *movere*). La causa determinante inmediata de la emoción, la impulsión al acto apetitivo se llama *inclinación* (clinamen, de *κλινειν*, tender hacia alguna cosa). El movimiento afectivo del apetito al bien hacia el cual está inclinado, se llama acto de *apetición*. Este es un término genérico aplicable á toda relación del acto apetitivo con su bien, presente ó ausente; y apetecer en general significa *amar*. El movimiento de la facultad para entrar en posesión de un *bien* es el *deseo*, ó, para hablar el lenguaje de los antiguos moralistas, la *concupiscencia* del bien. La posesión del bien aplaca el *deseo*, y engendra el *placer* y la *alegría*. Si el bien provoca un movimiento de atracción hacia el objeto, el *mal*, por el contrario, determina un movimiento de repulsión, *repugnancia*. El acto apetitivo, en su sentido genérico, para apartarse del mal se llama *odio*, lo contrario del amor. El movimiento para alejarse del mal ausente, contrario al deseo se llama *aversión* (fuga, abominatio). Y por último, la presencia del mal origina el

estos fenómenos llamándolos *tendencias afectivas*, para distinguirlos así, ya de la percepción ó representación sensorial ó imaginaria, ya también del carácter afectivo que las acompaña.

Las tendencias afectivas no se ponen por sí mismas en movimiento; y así como los sentidos para ejercer sus funciones perceptivas necesitan ser impresionados por los objetos, de igual modo ellas han de ser determinadas y estimuladas por la sensación placentera ó dolorosa, agradable ó desagradable; en este sentido las tendencias afectivas son pasivas, porque los objetos, por medio de la representación, atraen, haciéndolas converger hacia sí, las energías de la naturaleza, y de aquí el nombre de *pasiones* dado á los actos del apetito sensible, que es sinónimo de afecciones,—*passiones animae*,

dolor y la *tristeza*, contrarios al *placer* y la *alegría*. Conviene advertir aquí, que en el lenguaje moderno los términos de *emoción* y *pasión*, de estados *emotivos* y *pasionales* implican ordinariamente grande intensidad de los estados afectivos. Los fenómenos afectivos suelen recibir, además, otras denominaciones menos precisas que las anteriores, como las de *impresiones*, *sensaciones* y *sentimientos*. Toda modificación afectiva es una impresión, pero no toda impresión es afección. En la frase, v. gr., «tengo la *sensación* ó el *sentimiento* de hambre ó de sed», estos términos expresan, no la afección directamente, sino el *sentido íntimo* ó la *conciencia* de que experimentamos una afección; y el sentido íntimo que nos da cuenta de esta disposición afectiva, es más bien que afección un conocimiento. Se emplean, sin embargo, por metonimia, tomando el efecto por la causa, los términos de *sensación* y de *sentimiento* para designar estados afectivos propiamente dichos. Pero entonces suelen tener estos dos términos significaciones distintas y en cierto modo opuestas: el primero expresa las afecciones sensibles, y el segundo corresponde á las afecciones de la voluntad suprasensible, como, por ejemplo, el sentimiento del honor, los sentimientos caballerescos, etc.»—D. MERCIER. *Psychologie*, pp. 272-274, 4.^a ed. Louvain, 1899.

escribe Santo Tomás, *sunt idem ac affectiones*.—Hase de tener en cuenta, que vulgarmente se da á las pasiones una acepción más restringida, en el sentido de inclinaciones exageradas, fuertes y violentas, ó también viciosas como las tendencias inmorales; y esta acepción vulgar la encontramos comunmente en los escritos modernos de psicología; pero el sentido propio y verdaderamente científico es el genérico señalado anteriormente, que el más y el menos no cambia la naturaleza de las cosas, y el carácter moral ó immoral es independiente del análisis psicológico; además de que las pasiones en sí ni son buenas ni malas.

5.—No es cosa fácil hacer de las pasiones una clasificación racional é indiscutible, y á esta dificultad se debe la divergencia grande que en este punto se observa entre los psicólogos modernos. A todas ellas preferimos la de Aristóteles, adoptada por Santo Tomás, «que, si no es perfecta, es dudoso que hasta el presente se haya hecho otra mejor.» De las pasiones, unas nos inclinan al bien, á buscar en el placer y bienestar la satisfacción de las necesidades sensibles, y en donde la sensibilidad afectiva es atraída pasivamente por las cosas; otras son provocadas no por la atracción del bien directamente, sino por los obstáculos que se oponen á su consecución, y se desenvuelven á manera de actividades ó energías desplegadas en la lucha contra el mal y el dolor. En las primeras, la sensibilidad goza pasivamente el placer y sufre el dolor; en las segun-

das, se levanta contra todo aquello que causa malestar ó priva de gozar el bien tranquilamente. Hay, pues, dos tipos fundamentales de estados afectivos ó pasiones; y los escolásticos asignaban á estas dos formas dos facultades originalmente diversas, el *apetito concupiscible* y el *irascible*.

Cada uno de estos tipos genéricos comprende varios grupos de pasiones: seis el primero, tres positivos que inclinan al bien sensible, el amor, el deseo y el goce; la simple representación del objeto como adecuado á satisfacer las inclinaciones naturales causa el amor, su ausencia provoca el deseo, y la posesión del mismo origina el placer y el goce; los otros tres son negativos: el odio, la aversión y el dolor, que expresan relaciones opuestas á las precedentes. El segundo tipo general comprende cinco pasiones fundamentales, la esperanza y la desesperación, el miedo y la audacia, y la cólera. La esperanza nace en el alma con la representación de un objeto amado cuya posesión es difícil, y cuando ésta se juzga imposible origina la desesperación. El miedo y la audacia provienen de la representación de un mal que amenaza difícil de evitar, la audacia dispone á la lucha y el miedo á la huida; por último, la cólera resulta de un movimiento de reacción enérgica contra el mal. La propensión á la lucha está subordinada á la tendencia al placer. El apetito irascible es, según la frase de Santo Tomás, la fuerza protectora (*propugnatrix*) del apetito concupiscible; los movimientos del apetito irascible proceden originaria-

mente del concupiscible y á él se ordenan; y, como por otra parte, el amor de sí es el origen de todos los movimientos de este último, puede muy bien concluirse que el amor de sí es el principio generador de todas las pasiones (1).

Estas formas, que pudieran llamarse primarias de la pasión, se combinan de diferentes maneras y son susceptibles de gradaciones y matices indefinidos, de donde resultan estados pasionales complejos, como por ejemplo, los celos, el abatimiento, la ansiedad, el disgusto, el tedio, etc., etc. Conviene, además, advertir aquí que, á causa de las relaciones estrechas de la sensibilidad con las facultades superiores de la inteligencia y voluntad libre, las pasiones humanas ofrecen mucha mayor variedad y riqueza de formas, y recorren una escala de intensidad más amplia que las animales; habiendo muchas de ellas, como la ambición, la avaricia, la vanidad, etc., que no se manifiestan en el animal, ó aparecen en estado rudimentario.

El orden de las ideas que marca la orientación de las tendencias racionales y libres, proyecta sus resplandores reflejando su acción sobre las representaciones imaginarias, y por medio de éstas sobre las tendencias afectivas, las que reciben mayor amplitud, riqueza y movilidad; de tal modo que, así como no hay idea que no se acompañe de sensación, así tampoco hay tendencias superiores de la voluntad que no despierten á

(1) V. MERCIER. *Psych.*, pág. 279.

la vez afecciones sensibles. Y así la sensibilidad afectiva penetra en toda la vida humana inferior ó superior, hasta el punto de no darse tendencias superiores ni sentimientos racionales que en grado mayor ó menor no aparezcan envueltos en las afecciones sensibles. El amor al bien y á la verdad, los sentimientos puros de lo bello y lo sublime, la admiración que en nosotros provocan el heroísmo y el sacrificio, son afecciones puras del alma cuya acción pone en movimiento é inunda toda la sensibilidad afectiva.

6.—Los estados afectivos giran alrededor de un centro formado por un sistema de representaciones; de éstas, unas son claras y bien definidas, y otras confusas é imperceptibles, las cuales por sí solas pueden originar emociones y movimientos pasionales cuyas causas es muchas veces difícil ó imposible precisar en la conciencia; lo inconsciente, en efecto, entra como factor importantísimo, más que en las otras manifestaciones psicológicas en la vida afectiva. De aquí lo misterioso é inexplicable de muchos de nuestros sentimientos: sordamente, y sin saber por qué, y quizá sin quererlo, nacen en nosotros, y llegan á dominarnos determinadas aficiones y simpatías por las cosas y las personas, ó la aversión y la antipatía; nos levantamos un día en un estado de ánimo de alegría y satisfacción, que al siguiente, y sin causa conocida, se torna en pesimismo molesto de melancólica tristeza.

Los estados afectivos son conservados en la memo-

ria y se reproducen unidos siempre á las representaciones; no se da el recuerdo de un sentimiento puro, aislado de toda representación, y la huella que dejan en nuestra alma es más duradera y profunda, porque su acción interesa más á toda nuestra vida psicológica. De aquí que cuando una emoción intensa acompaña á un grupo de representaciones, constituye un vínculo de asociación fuerte y duradero que las orienta hacia la vida práctica. Y de aquí también la gran dificultad de verificar cambios rápidos en los sentimientos, gustos y tendencias que han menester un período más ó menos largo de evolución lenta; y el esfuerzo grande que es necesario poner para encauzar los malos hábitos y reformar el carácter vicioso contraído por la pasión.

7.—La sensibilidad afectiva tiene como la representativa una base orgánica, todas sus manifestaciones son psico-fisiológicas, que á la vez que aparecen á la conciencia se sienten como modificaciones del organismo. La conciencia espontánea localiza las emociones principalmente en el corazón, y de este órgano parecen difundirse por todo el cuerpo, y de un modo especial por el aparato respiratorio. La satisfacción y la alegría aceleran el ritmo de la respiración y de la circulación, haciendo afluir la sangre con normalidad á los tejidos; las emociones de sorpresa, terror, vergüenza, se manifiestan á veces también por cambios bruscos y rápidos en la aceleración de las palpitations cardíacas, que hacen afluir con impetuosidad la sangre al rostro; por

el contrario, la mayor parte de las afecciones penosas suelen ir acompañadas de debilitamiento de las pulsaciones sanguíneas, que se traducen en debilidad general del organismo. De ordinario las emociones placenteras nos hacen sentir la abundancia de vida, y las penosas se traducen en abatimiento y postración.

Sabemos, sin embargo, que el órgano de la sensibilidad tanto afectiva como representativa es el sistema nervioso exclusivamente; y cuando la conciencia parece localizar las sensaciones en otros órganos y distintas partes del cuerpo, es porque éstos provocan excitaciones en las terminaciones de los nervios ramificados por todo el organismo. Veamos cuáles son las relaciones de los movimientos del corazón y de la circulación general, y también de la respiración con las funciones nerviosas.

M. Mercier sintetiza en esta forma las relaciones del corazón y de la circulación general con los centros psíquicos.

«Está relacionado—dice—el corazón con los centros nerviosos por dos nervios, el pneumo-gástrico cuya acción es moderadora, y el gran simpático, cuya acción es aceleradora. Las contracciones musculares del corazón, origen del movimiento circulatorio de la sangre en los vasos, no son, es cierto, absolutamente dependientes del centro cerebro-espinal; una experiencia sencillísima de fisiología hace ver, en efecto, que el corazón, aun separado del organismo, verifica las contracciones durante cierto tiempo. Los ganglios nerviosos microscó-

picos que le rodean ó que están contenidos en sus paredes, bastan para esta incitación rítmica, y aun es lo más probable que éstos no son siempre necesarios y que la fibra muscular del corazón, en ciertos casos, posee un poder autónomo de contracción.

Pero la *intensidad, viveza y regularidad* de las contracciones cardíacas están continuamente bajo las influencias del centro cerebro-espinal. Dos haces de fibras nerviosas, que corresponden respectivamente al nervio *pneumo-gástrico* y al *gran simpático*, relacionan el corazón al gran centro nervioso. La excitación del primero detiene y la del segundo acelera los movimientos del corazón. Las percepciones y las imágenes cerebrales excitan los centros sensitivos superiores, éstos reaccionan sobre el centro motor del pneumo-gástrico que modera la circulación de la sangre y disminuye la nutrición de los tejidos y de las células, y trae como consecuencia el debilitamiento y la depresión del organismo. Al contrario, los fenómenos psíquicos que desde los centros superiores obran sobre el gran simpático, activan los movimientos del corazón y hacen afluir el líquido nutritivo en abundancia al seno de los tejidos. Aquí los estados psicológicos afectivos son de vitalidad, de energía, de deseos ardientes, de esperanzas vivas, emociones de placer y bienestar y expansiones de alegría. Los centros nerviosos superiores tienen, pues, una influencia *real*, aunque no absoluta, sobre los movimientos del corazón, y ellos son el verdadero origen de las variaciones de los movimientos que acompañan á las emociones.

El corazón, además, está en relación con los centros nerviosos por mediación de los nervios vaso-motores, que, repartidos en las membranas de los vasos sanguíneos arteriales y venosos, regulan su diámetro de abertura y determinan así la cantidad de sangre que circula por el organismo. Ahora bien, las contracciones del corazón aumentan ó disminuyen según que esta cantidad sea más ó menos abundante; y como los nervios vaso-motores comunican también con los centros, transmiten á la vez las condiciones de los movimientos del corazón.

Por último, el corazón se relaciona con los centros nerviosos por los nervios que presiden á la respiración. La regularidad de las funciones del corazón depende de las funciones respiratorias, porque la sangre que ha de alimentar á los tejidos debe ser sangre oxigenada, y para esto es preciso que los movimientos respiratorios lleven á los pulmones el oxígeno necesario á la composición normal de la sangre; de aquí que las perturbaciones en la respiración repercuten sobre la circulación general, y las alteraciones de ésta afectan igualmente á las funciones respiratorias. Tal es la triple dependencia anatómica y funcional del corazón por relación á los centros nerviosos.

De donde resulta que las emociones obran directamente sobre los centros cerebrales, y su acción repercute en los movimientos del corazón, en la circulación de la sangre, y como consecuencia en la nutrición de los elementos de la economía, y sobre la salud y estado general del cuerpo. Y en sentido contrario, las modificacio-

nes que se producen en las contracciones del corazón, en la constricción ó dilatación de los vasos sanguíneos, en la oxidación de la sangre dependiente de los movimientos respiratorios, obran sobre la cantidad y cualidad de la sangre que riega el cerebro é influyen sobre la actividad psíquica sea cognitiva, sea afectiva ó apetitiva.

¿Cómo entonces se explica que el corazón nos parezca representar en nuestra vida afectiva el papel que en realidad corresponde al cerebro? ¿De dónde viene que la conciencia espontánea y el lenguaje general no atribuyan las emociones al cerebro, sino al corazón? La conciencia no atribuye las emociones al cerebro, porque las funciones cerebrales que acompañan á las sensaciones y á los sentimientos, escapan á la conciencia; y como para expresar una cosa es necesario tener conciencia de ella, los fenómenos cerebrales no pueden servir á la expresión de la sensibilidad afectiva. Por el contrario, los concomitantes indirectos de los fenómenos afectivos, las palpitaciones del corazón y los fenómenos generales de la circulación y respiración, son tales, que á poco intensas que sean sus modificaciones, repercuten en la conciencia. Pero aunque indirectos, no están menos en relación constante con los fenómenos psíquicos, es decir, que hay una conexión natural entre *las variaciones de intensidad* de las pasiones y los fenómenos circulatorios, de donde se sigue que éstos pueden tenerse como verdadera expresión de aquéllos» (1).

(1) *Ibid.*, páginas 289-292.

VI

Los movimientos sensibles.

1. Relación de los movimientos con las otras formas de la sensibilidad.—2. Movimientos generales que tienen lugar en el organismo.—3. Clasificación de los mismos.—4. Conciencia de los movimientos.—5. Naturaleza del movimiento espontáneo.—6. Movimientos espontáneos y reflejos.—7. Movimientos espontáneos y voluntarios.—8. Organos ejecutores del movimiento.

1.—Los movimientos en la vida animal son complemento necesario de la representación y la tendencia, y sus modos y dirección hacia los objetos son una resultante de estas últimas. Por las sensaciones se relaciona la naturaleza sensible con el mundo exterior, en donde ha de buscar ésta los medios de atender á sus necesidades, y de entre la variedad de objetos que indiferentemente se ofrecen á los sentidos, el apetito selecciona aquellos que son útiles, orientando hacia unos con preferencia á otros las inclinaciones afectivas; pero este proceso de la sensibilidad representativa y afectiva sería inútil, si no hubiera medio de hacer accesibles los objetos: este medio es el movimiento, que permite al animal apropiarse lo conveniente y luchar contra las influencias perniciosas del exterior. Así los movimientos constituyen la última etapa del proceso de la vida